

FARIÑA,

UNA CLARA VOCACIÓN MUSEÍSTICA

— *M^a Nieves León Hernández*

(Responsable del Área Didáctica,
Museo de la Naturaleza y el Hombre)

La mayor parte de las personas acostumbramos dudar a la hora de elegir cuál va a ser el camino a seguir en nuestra vida profesional. Lo habitual es que optemos por aquello que nos resulta más atractivo, conscientes, casi siempre, de que podemos incurrir en el error de equivocarnos. Sin embargo, se da el supuesto excepcional de seres afortunados que no conciben la duda, porque desde temprana edad tienen una clara inclinación, una definida vocación por algo, como si de antemano sus pasos estuvieran orientados en una única dirección, sin posibilidad de admitir desvíos que perturben su destino. Este fue el caso de José Fariña, como se puede constatar a través de su trayectoria profesional y por el legado que nos ha dejado.

Se dedicó por entero a una sola causa: al mundo del museo.

Y fue el museo uno de los grandes apoyos de que se valió para sobrellevar con enorme entereza su enfermedad, volcando en él toda su ilusión y esmero por conseguir los objetivos que consideraba propios de un centro moderno.

Y el museo ha sabido aprovechar los frutos de esa ilusión, transformándose en su beneficiario, hasta el punto de hacer cobrar vida a aquellas ideas suyas que, bien por falta de medios humanos y materiales, bien

por la carencia de exposiciones permanentes, no pudieron ver la luz hasta fechas recientes.

Lo suyo fue una denodada lucha por lograr que el museo se entendiera como una prolongación o, al menos, como un firme apoyo al mundo educativo, y no entenderlo como un compartimento estanco al que sólo se acude por simple curiosidad o, en el mejor de los casos, por exigencias profesionales de unos pocos interesados.

No obstante, el reto exigía contar con personal cualificado capaz de saber transmitir conceptos, no sólo a los escolares visitantes, sino lograr captar el interés de sus profesores que, en definitiva habrían de ser —y en gran medida— los intérpretes de la realidad que el museo encierra.

Para ello, Fariña no escatimó esfuerzos y se transformó en asiduo concurrente de conferencias, unas veces como asistente y en muchas otras ocasiones desempeñando el papel de conferenciante, ya que su dedicación absoluta al museo le proporcionó un gran bagaje de información, haciéndose acreedor de importantes conocimientos que, gracias a sus dotes de didacta, supo trasladar a los que con él tuvimos la oportunidad de trabajar.

Para alcanzar el objetivo antes indicado programó encuentros previos con profesores con el fin de que adquiriesen la información necesaria que los alumnos habrían



Fariña en Amsterdam

de asimilar para que su visita al museo fuese provechosa.

Se le puede calificar como precursor de la implantación de talleres participativos, en los que los escolares aprenden, casi jugando, los secretos del museo, difíciles de desvelar de otra manera.

Proclamó la necesidad de mantener un estrecho vínculo con la actividad universitaria, entendiendo que el museo no puede permanecer ajeno o de espaldas a lo que le es consustancial.

De su perseverancia han nacido distintos canales de comunicación entre ambos mundos, hasta el punto de que en la actualidad rigen convenios de colaboración que permiten a los alumnos de aquella institución realizar en el museo diferentes activi-

dades que enriquecen a la sociedad.

También supo llegar a otros colectivos —que a la postre han demostrado su inquietud y valía, como ha sido la tercera edad— consiguiendo sembrar en ellos el interés por algo que a una gran mayoría le resultaba extraño.

De su fina sensibilidad brotó la idea, hoy realidad, de que el museo fuera un edificio accesible físicamente para cualquier persona que padeciera una minusvalía, al considerar que son igualmente merecedores de tener a su alcance las ventajas que aquél les puede reportar.

Fue autor de múltiples publicaciones, envueltas del rigor

y metodología que siempre le caracterizó, siendo éste un recurso más de los que utilizó para difundir sus conocimientos en materia museística, especialmente los ligados a la Didáctica, aspecto que manejaba con la destreza propia de un experto.

Hoy, cuando en una mañana cualquiera de un día cualquiera observamos el continuo movimiento de visitantes por las flamantes dependencias del museo, contemplamos a los escolares participando activamente en la realización de diferentes talleres y vemos a representantes de la tercera edad protagonizando, ilusionados, una visita guiada, en la que hay ciegos o impedidos por dolencias físicas, no podemos sino decir, mirando a cualquier punto del museo y con la convicción de que, con total seguridad, allí está él: ¡Gracias Fariña!